

# LA ORACION EN SAN JUAN DE LA CRUZ.

## DOCTRINA Y VIDA

Las obras de San Juan de la Cruz contienen muchos puntos sobre la oración, que constituyen un conjunto de doctrina abundante, sólida, profunda sobre la materia (\*). Muy justamente San Juan de la Cruz es considerado como uno de los más insignes maestros de oración. Pero sería tergiversar la intención del Santo y el sentido real de su doctrina, si se considerasen sus obras únicamente o principalmente como tratados de oración.

San Juan de la Cruz es, ante todo, maestro de vida. Ha querido enseñar lo que es la vida sobrenatural, la vida de gracia, sus exigencias íntimas, las líneas fundamentales de la necesaria transformación del corazón del hombre para realizarla con la perfección posible en esta vida; ha cantado admirablemente la profundidad de sus vivencias, los «extraños primores» del llamear de la vida de gracia en el alma, la plenitud de la expresión de los valores humanos santificados por la gracia en la perfecta correspondencia con Dios (posible al hombre en esta vida) de conocimiento, de amor, de entrega y servicio.

Y como auténtico maestro de la vida de gracia, ha penetrado y expuesto, en sus razones profundas, el valor, la necesidad, la eficacia de la oración para la vida de gracia; y también los equívocos y desorientaciones

---

(\*) El tema propuesto es excesivamente amplio. Solamente los datos biográficos acerca de la vida de oración de San Juan de la Cruz ofrecen sobrados elementos. Y el tema doctrinal sobre la oración comporta un ensayo de síntesis sanjuanista. Me limito a presentar sumariamente unas líneas doctrinales y ceñir la aportación de datos biográficos a una breve referencia de lo que pudo ser decisivo en la maduración espiritual de la oración y de la vida del santo. Publico gustosamente este trabajo siguiendo la invitación de la Dirección de *Revista de Espiritualidad*.

que pueden introducirse en el ejercicio de la oración, con el riesgo, no imaginario, de retardar a las almas y aun apartarlas del recto camino de la vida.

Por eso, la primera enseñanza que quiero recoger de San Juan de la Cruz, y que ha de servir como de fundamento y de luz para cuanto habremos de decir aquí, será ésta: la íntima compenetración de oración y vida.

En la vida de gracia se dan como dos aspectos fundamentales: su forma habitual y los momentos de mayor viveza, profundidad, intimidad, de mayor actualización y vivencia de conocimiento, de amor, de entrega. Todo es vida de gracia, aunque con sus características propias. «Su ordinario hábito es como el madero que siempre está embestido en fuego, y los actos [más intensos] son la llama que nace del fuego» (1). El alma bebe del Amado en la bodega interior, donde es íntimamente ilustrada y enamorada con «ciencia muy sabrosa», y allí le promete «ser su esposa». Y salida de la bodega, pasado ese momento de íntima ilustración, realiza su entrega en la vida habitual: «Mi alma se ha empleado, y todo mi caudal en su servicio». Actos íntimos de conocimiento de amor, de entrega que plasman y dan vigor a la vida ordinaria de conocimiento, amor, servicio de Dios (2).

Los actos de más íntima comunicación con Dios son, *han de ser*, como una levadura rica en fermentos (de conocimiento, de amor, de entrega) que lleve la vida entera de correspondencia al Señor a su perfecta sazón. La eficacia de esa levadura en la vida de servicio del Señor, de ejercicio de virtud será para San Juan de la Cruz el criterio básico definitivo, y muchas veces único, para discernir las auténticas gracias de oración de las ilusiones y deformaciones posibles; y de ella sacará la norma de cómo han de ser acogidas por el alma las mismas gracias de oración.

Vida sobrenatural, vida de gracia, el «hombre nuevo» (la expresión de San Pablo que tan profunda resonancia tiene en las obras de San Juan de la Cruz); fe operante por la caridad en esperanza; potencias, pasiones, apetitos, ilusiones, emociones, todo el llamear y el obrar del alma, desde sus vivencias más íntimas e inefables hasta las ocupaciones externas más ordinarias; todo armoniosamente integrado en una vida de plena correspondencia al Señor, de conocimiento y amor y entrega y servicio. Fe, esperanza y amor vivificado y dando vigor a todo el obrar del alma y fructificando en una espléndida mies de virtudes.

(1) LB, 1, 4. Cfr. S2, 5, 1-2; LB, 3, 8; LB, 4, 14-15.

NB. Citaremos la *Vida* y las *Obras* de San Juan de la Cruz según la *cuarta edición* del volumen: *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*. Madrid, Bac, 1960.

Usaremos las siguientes siglas:

CA.—*Cántico espiritual*, primera redacción.

CB.—*Cántico espiritual*, segunda redacción.

LB.—*Llama de amor viva*, segunda redacción.

N.—*Noche Oscura*. Junto a la sigla se pondrá el número que indique el libro que se cita (por ejemplo, N2, *Noche oscura*, libro segundo).

S.—*Subida del Monte Carmelo*. Junto a la sigla se pondrá el número del libro (S1, *Subida*, libro primero).

(2) Cfr. CB, estrofas 26-28.

## Vida de fe

Porque el Dios que nos ama y se nos da, y a quien hemos de corresponder trasciende todo lo que podemos entender, gustar y sentir de El. Misterio del Dios trascendente: en su manera de ser, en su vida íntima, en la plena felicidad que posee y es en sí mismo y que nos quiere comunicar, y también en sus designios sobre nosotros, en sus juicios, vías y obras por donde se llega a nosotros y nos conduce a Sí.

Dios ES por sí mismo. Nada hay fuera de El que se le asemeje en esto, pues todo cuanto existe de El recibió el ser. «Todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, nada es» (3).

Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, mutuo conocimiento, amor, entrega de estas divinas Personas, con tal profunda y sustancial compenetración, que las tres Personas son un solo Ser, una sola esencia, sustancia, naturaleza, plenitud de Ser, de Vida, de Felicidad. Misterio que supera el alcance de todas nuestras luces. Cuando oímos estas cosas dichas de Dios nos habemos como el ciego que oye hablar de los colores y se afirma en lo que le dicen de ellos, pero no puede verlos y percibirlos como son en sí (4).

Sabiduría, bondad, justicia, poder. Múltiples y maravillosos atributos que conocemos de Dios, pero que no podemos llegar a percibir tal cual son en El, pues por muchas semejanzas que podamos alcanzar de estos atributos de Dios, siempre es mayor la desemejanza: «toda la hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, es suma fealdad [...] Toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia...» (5).

«Mi Amado, las montañas—Los valles solitarios numerosos—*Las ínsulas extrañas...*»

«...porque no solamente es toda la extrañeza de las ínsulas nunca vistas, pero también sus vías consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres. Y no es maravilla que sea Dios extraño a los hombres que no le han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del juicio van viendo en El tantas novedades según sus profundos juicios y acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre les hace novedad y siempre se maravillan más. De manera que no solamente los hombres, pero también los ángeles, le pueden llamar ínsulas extrañas. *Sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo*» (6): Misteriosa, inefable soberanía de Dios.

Una actitud básica en nuestras vidas de correspondencia al Señor habrá de ser el sentido profundo de *Dios trascendente*. No proyectar sobre el Señor, ni sobre sus caminos y designios acerca de nosotros, los limitados

(3) S1, 4, 4.

(4) Cfr. S2, c.3.

(5) Cfr. S1, 4, 4.

(6) CB, canc. 14-15, 8.

critérios y juicios de nuestras experiencias humanas, porque Dios supera todo lo que respecto de El, y respecto de «sus vías, consejos y obras», podamos nosotros entender, gustar y sentir. Sentido profundo del Dios trascendente, y debida actitud y relación con El, que nos lo dará solamente la gracia teologal. «Es tanta la semejanza que hay entre ella [la fe] y Dios, que no hay otra diferencia que ser visto Dios o creído. Porque, así como Dios es infinito, así ella nos le propone infinito; y así como es Trino y Uno, nos le propone ella Trino y Uno...» (7). Y así como sus «vías, consejos y obras» respecto de nosotros son un misterio de amor, así ella nos le propone como un misterio de amor, y por eso nos hace creer en su amor que no llegamos a entender, y nos entregamos a El y confiamos en El aun a través de todo combate y dificultad, de toda angustia y desorientación, de todo sentimiento de desconfianza. Fe de lo que no se llega a ver, esperanza de lo que no se posee, amor de lo que no se llega a ver, esperanza de lo que no se posee, amor de lo que no se alcanza a gustar.

La perfección de la gracia teologal en nosotros exige toda esta profunda transformación.

Misterio del Dios trascendente, de la Soberanía de Dios, quien, sin necesidad suya alguna, con libérrimo beneplácito nos crea, nos llama, elevándonos al orden sobrenatural, a convivir con El participando de su vida íntima, de su felicidad inefable. Y, pecadores, nos redime; y nuestra existencia entera queda compenetrada con el misterio de las «vías, consejos y obras» de su misericordia y justicia, de su majestad y mansedumbre.

Misterio, preparado desde el principio, anunciado por los profetas, revelado plenamente y realizado en Cristo Jesús.

Dios, en expresión de San Juan de la Cruz, nos dice:

«... te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra [...] Pon los ojos en El, porque en El te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en El aún más que pides y deseas...». Todo os lo he «ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándosele por Hermano, Compañero y Maestro, Precio y Premio. Porque desde aquel día que bajé con mi Espíritu sobre El en el monte Tabor, diciendo: ...Este es mi amado Hijo, en que me he complacido; a El oí, ya alcé Yo la mano de todas [otras] maneras de enseñanzas y respuestas y se la dí a El; oídle a El, porque ya no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar» (8). Asociado a este misterio de Cristo, Palabra del Padre, el misterio de su Santa Iglesia visible y jerárquica (9):

El Señor, según San Juan de la Cruz, prosigue: «Si quisieres que te respondiese Yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo sujeto a Mí, y sujetado por mi amor y afligido, y verás cuántas te responde...». En fin, «pon los ojos en El y hallarás ocultísimos misterios, y sabidurías y maravillas de Dios que están encerradas en El...» (10).

(7) S1, 9, 1.

(8) S2, 22, 5.

(9) Cfr. ib., n. 7.

(10) Ib. n.6.

Porque los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de su justicia y misericordia, majestad y mansedumbre, grandeza y humildad, que del conocimiento del misterio de Cristo se conocen, son innumerables.

«Tanto, que por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, *y así, hay mucho que ahondar en Cristo*; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá. Que por eso dijo San Pablo [...]: En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría escondidos» (11).

### *Vida de amor*

«Amarás a tu Señor Dios [a este Dios trascendente que se nos manifiesta y se nos da en Cristo] de todo tu corazón y de toda tu ánima y de toda tu fortaleza». En este máximo precepto de la ley del Señor «se manda al hombre que todas las potencias y apetitos y operaciones y afecciones de su alma emplee en Dios, de manera que toda la habilidad y fuerza del alma no sirva más que para esto, conforme a lo que dice David»: Mi fortaleza guardaré para ti.

«La fortaleza del alma consiste en sus potencias, pasiones y apetitos, todo lo cual es gobernado [debe ser gobernado] por la voluntad. Pues cuando estas potencias, pasiones y apetitos endereza en Dios la voluntad y las desvía de todo lo que no es Dios, entonces guarda la fortaleza del alma para Dios, y así viene a amar a Dios de toda su fortaleza» (12).

Las afecciones o pasiones de la voluntad pueden reducirse a estas cuatro: gozo, esperanza, temor y dolor.

«... están tan aunadas y tan hermanadas entre sí estas cuatro pasiones del alma, que donde actualmente va la una, las otras también van virtualmente». Y «dondequiera que fuere una pasión de éstas, irá también toda el alma y la voluntad y las demás potencias...» (13).

«De estas afecciones nacen al alma todos los vicios e imperfecciones cuando están desenfrenadas, y también todas las virtudes cuando están ordenadas y compuestas» (14).

«Estas cuatro pasiones tanto más reinan en el alma y la combaten cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y más pendiente de criaturas. Porque entonces con mucha facilidad se goza de cosas que no merecen gozo, y espera lo que no aprovecha, y se duele de lo que por ventura se había de gozar, y teme donde no hay que temer» (15).

Lo que hace establecerse al alma en Dios (estar la voluntad más fuerte en Dios) es la gracia teológica. En la medida en que se radica más en el alma

(11) CB, 37, 4.

(12) S3, 16, 1-2.

(13) S3, 16, 5 y 6.

(14) S3, 16, 5.

(15) S3, 16, 4.

la vida de correspondencia a Dios en fe, esperanza y amor se va afirmando en el espíritu del hombre el señorío de la voluntad sobre las pasiones.

La norma según la cual la voluntad ha de gobernar las pasiones para ponerlas en Dios, es ésta: «la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es gloria y honra de Dios; y [...] la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica; y lo que es fuera de esto es de ningún valor y provecho para el hombre» (16).

Para exponer enteramente la doctrina referente a la perfección del amor de Dios, San Juan de la Cruz tenía el propósito de tratar en particular de cada una de las cuatro pasiones y de los apetitos, afectos y operaciones que nacen de ellas (17). En realidad sólo desarrolló lo referente al gozo, y aun no todo. Es sabido que dejó incompleta su obra *Subida del Monte Carmelo*.

Para hablar del gozo distingue seis géneros de bienes. Leyendo las explicaciones que da de cada género se ve su intención de abarcar todos los bienes que pueden afectar a la voluntad (18).

Continuando con esta amplitud de programa, la exposición completa de las cuatro pasiones hubiera abarcado todas las situaciones humanas: gozos, anhelos, ilusiones, ideales, esperanzas, luchas, dificultades, dolores físicos y morales, angustias, crisis del espíritu humano. Todo hubiera pasado por las páginas de San Juan de la Cruz para quedar iluminado por la luz teologal. Y a juzgar por lo que ha hecho en la parte desarrollada referente al gozo, nos hubiera dado no solamente una visión integral del

(16) S3, 17, 2. San Juan de la Cruz enuncia esta norma con cierta insistencia y solemnidad: "Para todo ello conviene presuponer un fundamento, que será como un báculo en que nos habemos de ir siempre arrimando. Y conviene llevarle entendido, porque es la luz por donde nos habemos de guiar y entender en esta doctrina..." En la mente del Santo, como indica la misma trabazón esquemática de toda la Subida-Noche, esa norma viene a ser el núcleo vital de toda su doctrina.

(17) S3, 16, 2-3.

(18) He aquí las explicaciones que da de cada género de bienes: "... por *bienes temporales* entendemos aquí riquezas, estados, oficios y otras pretensiones, e hijos, parientes, casamientos, etc." (S3, 18, 1). "Por *bienes naturales* entendemos aquí hermosura, gracia, donaire, complexión corporal y todos los demás dotes corporales; y también en el alma buen entendimiento, discreción, con las demás cosas que pertenecen a la razón..." (S3, 21, 1). "... por *bienes sensuales* entendemos aquí todo aquello que en esta vida puede caer en el sentido de la vista, del oído, del olfato, gusto y tacto, y de la fábrica interior del discurso imaginario, que todo pertenece a los sentidos corporales, interiores y exteriores." (S3, 24, 1). "... por *bienes morales* entendemos aquí las virtudes y los hábitos de ellas en cuanto morales, y el ejercicio de cualquiera virtud, y el ejercicio de las obras de misericordia, la guarda de la ley de Dios, y la política, y todo ejercicio de buena índole e inclinación". (S3, 27, 1). "Por los [*bienes sobrenaturales*] entendemos aquí todos los dones y gracias dados de Dios, que exceden la facultad y virtud natural, que se llaman *gratis datas*, como son los dones de sabiduría y ciencia que dio a Salomón, y las gracias que dice San Pablo, conviene, a saber: fe, gracia de sanidades, operación de milagros, profecía, conocimiento y discreción de espíritus, declaración de las palabras y también don de lenguas. Los cuales bienes, aunque es verdad que también son espirituales, como los del mismo género que habemos de tratar luego, todavía, porque hay mucha diferencia entre ellos, he querido hacer de ellos distinción" (S3, 30, 1-2); "... por *bienes espirituales* entiendo todos aquellos que mueven y ayudan para las cosas divinas y el trato del alma con Dios, y las comunicaciones de Dios con el alma" (S3, 33, 2). Estos bienes espirituales pueden ser sabrosos o penosos; unos y otros pueden ser de cosas claras y distintas y de cosas confusas y oscuras. "Todos estos podemos también distinguir según las potencias del alma. Porque unos, por cuanto son inteligencias, pertenecen al entendimiento; otros, por cuanto son afectaciones, pertenecen a la voluntad, y otros, por cuanto son imaginarios, pertenecen a la memoria" (cfr. *ibid.* n. 3-4).

recto camino del servicio del Señor, sino también una profunda penetración del drama del espíritu humano en busca de su felicidad, y de las múltiples, variadísimas aberraciones en que incurre el hombre cuando se desvía de Dios y se orienta indebidamente hacia sí mismo o hacia la criatura (19).

Para regir y gobernar eficazmente las cuatro pasiones es «total remedio y de gran merecimiento y causa de grandes virtudes» procurar «siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; [...] y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza, por Cristo, de todo cuanto hay en el mundo» (20).

Abnegación y desprendimiento de sí mismos, humildad, mansedumbre de corazón: «es el total y la raíz de las virtudes». El ejercicio de la oración y de las virtudes que no llega hasta esa raíz se detiene y enreda en las ramas; no aprovecha «aunque tengan tan altas consideraciones y comunicaciones como los ángeles». Por eso en un tal ejercicio de oración y virtudes pueden pulular tantas imperfecciones y desviaciones que lo enervan, desfiguran, corrompen (21).

### *Vida de esperanza*

La adhesión de amor, de servicio, de entrega al Dios trascendente que se nos da en Cristo, es también un gesto de esperanza teológica. Todo lo que sea detenerse en algo fuera de Dios (por muy subido que ello sea), como en la posesión de un bien, de una luz, de un valor que sacia nuestro deseo, nos aparta de la debida actitud y tendencia y entrega al Dios trascendente. Todo lo que podamos llegar a entender distintamente, y gustar y sentir en el mismo trato nuestro con Dios, no nos ha de entretener ni impedir de buscar aun a Dios en fe y esperanza y amor: «¿A dónde te escondiste, Amado?» (22).

Plenitud de vida teológica, cual lo comporta la condición del hombre en esta vida, con la perfecta realización de su exigencia íntima: desprendimiento de sí mismo, mansedumbre, humildad. En esta plenitud halla el alma su quietud y descanso, su fortaleza y su paz: está en el centro de su humildad, está radicada en Cristo, en Dios (23).

Este es, para San Juan de la Cruz, el sentido profundo de nuestra existencia sobre la tierra, el quehacer sustancial de nuestra vida terrena, la tarea de nuestra vida de oración.

---

(19) Al tratar de cada género de bienes dedica al menos un capítulo de cada caso a exponer los daños que se siguen al alma de sus afecciones desordenadas respecto de esos bienes, y de los provechos que saca de proceder según indica la doctrina que expone.

(20) S1, 13, n. 5.

(21) Cfr. S2, 7, 8.

(22) Cfr. CB, 1, 3-12; S3, c. 12; S1, 5, 5.

(23) Cfr. S1, 13, 13.

«Y estas obras conviene las abrace de corazón, procurando allanar la voluntad en ellas [...] *obrando ordenada y discretamente*» (24).

### *Ordenada y discretamente*

También Dios procede así en la educación de las almas a la perfección de la vida teologal: «para mover Dios al alma y levantarla del fin y extremo de su bajeza al otro fin y extremo de su alteza en su divina unión, halo de hacer ordenadamente y suavemente y al modo de la misma alma» (25).

Toda la obra de Dios en el alma, incluidas las gracias de oración, por vía ordinaria, puesto que ha de ir haciéndose al modo de la misma alma, no podrá menos de estar condicionada por la realidad del complejo humano, con sus diversas fuerzas y tendencias en las partes sensitiva y espiritual, y con la riquísima gama de interferencias, resonancias entre las mismas en que puede concretizarse una situación o una manera de ser psicológica en un determinado individuo. Y será normal que a lo largo del camino haya sus altos y bajos, y que la atención se concentre, digámoslo así, en unos momentos hacia un aspecto más bien que hacia otro del vivir y obrar del alma, hasta que todo vaya poniéndose en sazón para la plenitud y armonía de la vida, respuesta y correspondencia personal al Señor en perfecto conocimiento y amor y entrega y servicio.

1. Al principio las vivencias del alma están muy condicionadas y dominadas por la parte sensitiva. El Señor se servirá también de esa parte sensitiva-afectiva para atraer al alma y aficionarla al bien.

«... al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual al calor de sus pechos le calienta, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría y en sus brazos le trae y le lleva...», así también, «la amorosa madre de la gracia de Dios, luego que con nuevo calor y hervor de servir a Dios reengendra al alma, eso mismo hace con ella», porque la hace hallar dulzura y sabor «sin algún trabajo suyo en todas las cosas de Dios, y en los ejercicios espirituales gran gusto» (26). Y así la mueve «a que use de buenos objetos [...] naturales exteriores, como oír sermones, misas, ver cosas santas, mortificar el gusto en la comida, macerar con penitencia y santo rigor el tacto [...] Y los sentidos corporales interiores [...], como son imaginativa y fantasía, juntamente se los va perfeccionando y habituando al bien, con consideraciones, meditaciones y discursos santos, y en todo esto instruyendo al espíritu» (27).

«Este estado y ejercicio de principiantes [por lo que se refiere al ejercicio de la oración] es de meditar y hacer actos y ejercicios discursivos

(24) Cfr. S1, 13, 7.

(25) S2, 17, 3. Cfr. todo este capítulo 17.

(26) N1, 1, 2.

(27) S2, 17, 4.

con la imaginación. En este estado necesario es al alma que se le dé materia para que medite y discurra, y le conviene que de suyo haga actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebando el apetito del sabor de las cosas espirituales, se desarraigue de las cosas sensuales y desfallezca a las cosas del siglo» (28).

Como el Señor les da ese sabor y gusto sensible en los ejercicios de la vida espiritual, estas almas hallan su deleite en pasarse «grandes ratos en oración, y por ventura las noches enteras, sus gustos son las penitencias, sus contentos los ayunos y sus consuelos usar de los sacramentos y comunicar en las cosas divinas» (29).

Pero la solidez espiritual no está precisamente en proporción de los fervores sensibles. Estos «amadores nuevos» son como el vino nuevo que «no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él hasta que haya digerido bien la hez y furia de ella, porque hasta entonces tiene mucha contingencia de mal» (30).

Por eso, en medio de estos fervores sensibles pueden pulular, y de hecho muchas veces pululan, mil miserias e imperfecciones que San Juan de la Cruz, aparte otros lugares de sus obras, se entretiene en presentárnoslas en los primeros capítulos de la *Noche Oscura* como manifestaciones de los siete vicios capitales en estas vivencias del principiante. Aquí nos limitaremos a recoger lo que el Santo indica como la raíz y la clave de estas imperfecciones:

«Acerca de estas sus obras espirituales, tienen muchas faltas e imperfecciones», «porque [...] son movidos [a hacerlas] por el consuelo y gusto que allí hallan, y también [porque] no están habilitados por ejercicios de fuerte lucha en las virtudes [...]; porque, al fin, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene, y, como esos no han tenido lugar de adquirir los hábitos [las virtudes] fuertes, de necesidad han de obrar, como flacos niños, flacamente» (31).

Muchos se enredan de manera con este gusto propio y apego de sí mismos que quedan siempre espiritualmente mal criados, cargados del lastre de mil imperfecciones.

En contraste con tantas imperfecciones San Juan de la Cruz destaca en esos mismos primeros capítulos la recta manera de proceder de que van «bien encaminados desde estos principios». La clave de su recto proceder está en que «sólo ponen los ojos en las veras de la perfección interior: dar a Dios gusto, y no a sí mismos en nada». Caminan en humildad y desprendimiento de sí mismos, con solicitud amorosa de agradar a Dios, y con estas sanísimas raíces van alimentando las auténticas virtudes propias de un buen principiante (32).

(28) LB, 1, 32.

(29) N1, 1, 1.

(30) CB, 25, 9.

(31) N1, 1, 3.

(32) N1, 3, 2. Cfr. N1, 2, 6-8.

2. En todo curso de vida es normal empezar siendo niño, pero es anormal quedar siempre en la niñez. En la vida espiritual que se desarrolla normalmente, pasado algún tiempo en el estado dicho, viene a darse algo así como la crisis de la adolescencia, a través de la cual el alma pasa espiritualmente del estado de niño al de adulto.

En el momento en que juzgue oportuno el sapientísimo y amantísimo educador y santificador de las almas—y que suele proceder ordenadamente, suavemente y al modo de la misma alma—pondrá manos a la obra y situará al alma en las condiciones convenientes y le dará la gracia para que realice con más solidez las veras de la perfección.

El alma ya no experimenta gusto y sabor sensible en los ejercicios de la vida espiritual y en la práctica de la virtud; más bien siente la resistencia de sus afecciones desordenadas. Ya no le resulta fácil ni sabroso entretenerse en las representaciones y actos discursivos de la meditación.

Son las óptimas disposiciones para que el alma vaya conociéndose algo más a sí misma, se ejercite verdaderamente en hacer lo que debe por dar gusto a Dios y sin gusto propio, y pueda acoger con más profundidad la gracia de luz y calor y vigor que en forma más sencilla, y, por lo tanto, más íntima, le quiere comunicar el Señor.

Esta gracia de noticia amorosa vigorizadora, de contemplación ya incipiente, que el Señor empieza a dar al alma es la clave de la obra que intenta realizar en ella. Es la levadura ya más excelente, más rica en fermentos de conocimiento, de amor, de inclinación al bien, que ha de dar un grado más excelente en la sazón espiritual y teologal de la vida entera.

Momento particularmente delicado. Actitudes equivocadas podrían impedir al Señor, que no obra sin el concurso libre del alma, el realizar su plan.

Si el alma desfallece en la práctica del bien, porque le falta el gusto sensible, es obvio que todo queda frustrado. Si porfía por hacer su meditación en la forma discursiva de antes, no podrá acoger en su espíritu la noticia sencilla amorosa que el Señor le quiere dar.

Los directores espirituales inexpertos e imprudentes pueden hacer mucho mal por diversos extremos. Por una parte, obligando al alma a los actos discursivos en la oración, porque piensan que si no hace así pierde el tiempo (33). O también atormentando al alma, porque piensan que si ya no siente gusto en la meditación y ejercicios piadosos y en la práctica de la virtud, debe de ser como castigo o corrección de Dios por algún pecado oculto (34). O van a otro extremo, e interpretan como indicio de esa obra más íntima de Dios, un estado de sequedad o insatisfacción o turbación del alma que por ventura no es más que una velada manifestación de condición melancólica, o de rabieta pueril, o de sutil egoísmo o simplemente de una indisposición pasajera.

Por eso San Juan de la Cruz indica los criterios y señales para discernir el buen espíritu y proceder rectamente. El alma aprenda a prestar atención sencilla y amorosa cuando no tiene facilidad de meditar; vea que

(33) Cfr. LB, 3, 31, 43-45, 47, etc.

(34) Cfr. prólogo, n. 4 y 5.

su corazón no busque compensación a su sequedad o dificultades espirituales en consolaciones de criaturas; consérvese solícita en el ejercicio de las virtudes por amor del Señor, en dar gusto a Dios y cumplir su voluntad, aunque no se sienta atraída por el gusto sensible.

La piedra de toque es siempre: el desprendimiento de sí misma, la humildad, el sentido de Dios, la entrega a El; y la clave de la perfección: dar a Dios gusto y no a sí mismo en nada.

3. Si el alma acoge bien y asimila esta obra del Señor en ella, adquiere ya cierta solidez en las virtudes; y en la oración ya no va tan atada al discurrir imaginativo, sino que con más facilidad halla iluminación interior y anda en las cosas de Dios con más anchura y satisfacción. Este nuevo estado puede durar «harto tiempo y años». Aunque, como aún no está del todo hecha la purgación del alma, «nunca le faltan a veces algunas necesidades, sequedades, tinieblas y aprietos, a veces mucho más intensos que los pasados [...] aunque no son durables [...] porque habiendo pasado un rato o ratos o días de esta [...] tempestad, luego vuelve a su acostumbrada serenidad» (35).

Pueden ocurrirle comunicaciones extraordinarias de visiones, locuciones, etc. Para proceder rectamente respecto de estas comunicaciones, y de todas, porque la doctrina es general, tenga presente que siempre que el Señor comunica alguna luz o gracia en la oración intenta radicar más en el alma la fe, la esperanza, el amor, la fortaleza en el bien. Si pudiera comunicar siempre pura gracia teologal sin medio de los sentidos, no se serviría de las percepciones sensibles, interiores o exteriores. Pero ha de proceder ordenada y suavemente y al modo de la misma alma, o conforme a los designios que quiera realizar en bien de otros. Cuando las gracias de oración vienen comunicadas por percepciones e imágenes o especies sensibles (discurso imaginativo de la meditación, visiones corporales o imaginarias, etc.) estas son como la certeza. La sustancia de la gracia de oración es el mayor conocimiento de fe, el mayor amor y fortaleza en el bien. En la medida en que el alma se entretiene y apega o aficiona indebidamente a la corteza deja de asimilar la sustancia; no llega a adherir a ese Dios que trasciende todo lo que podemos pensar, imaginar, sentir y gustar. Sale de camino, y puede desviar tanto, que tenga muy difícil remedio (36).

Procure, pues, usar de la corteza sin asirse a ella, y ponga cuidado en asimilar bien la sustancia. Sepa que todas las gracias de oración en tanto valen en cuanto radican más al alma en la fe, en la esperanza, en el amor y en la inclinación al bien y fortaleza en la virtud: «no hagamos caudal de nada de ellas, sino sólo de saber enderezar la voluntad con fortaleza a Dios, obrando con perfección su santa ley y sus santos consejos». «Por-

(35) N2, 1, 1.

(36) Cfr. N2, 2, 3. Sobre esta materia brevísimamente recordada aquí trata el Santo en varias partes de sus obras, especialmente a lo largo de S2, 11-32 y S3, 1-15; cfr. S3, 17, 33 y 34.

que lo que no engendra humildad y caridad y mortificación y santa simplicidad y silencio, ¿qué podrá ser?» (37).

Estos aprovechados, no obstante su progreso en el bien, tienen aún muchas imperfecciones, tal vez más sutiles, tal vez más vestidas de color de virtud, porque la purificación pasada no había llegado a la raíz.

4. El alma que ha de llegar a la plenitud, posible a la condición humana, de vida teologal ha de ser ejercitada profundamente en el desprendimiento de sí misma y de las cosas, en el sentido de la trascendencia de Dios y del misterio de Cristo.

Podríamos llamar a este necesario ejercicio la crisis de la plena madurez, en la que se plantea, hasta en sus más profundas raíces, el sentido mismo de nuestra vida respecto de Dios y de Cristo.

El Señor, que tiene en sus manos la trama entera de la vida de sus escogidos y los resortes íntimos todos de su ser y de sus más profundas vivencias, puede realizar variadísimas circunstancias para ejercitar a cada alma por caminos diversos en este desprendimiento. Hasta en las mismas relaciones sociales puede el Señor permitir fracasos, equívocos, desvíos, persecuciones, tribulaciones que converjan en esta obra de desprendimiento. En la vida de San Juan de la Cruz parece ser que la fase de mayor intensidad de las pruebas interiores coincidió con la gran tribulación del encarcelamiento en Toledo.

Toda la acción del Señor para trabajar al alma en esta crisis, que con sus altos y bajos e interpolaciones de alivios puede durar mucho tiempo, está presidida y vivificada por una delicadísima gracia teologal que da al alma un vivo sentido de la trascendencia de Dios y de que solamente en la adhesión a El en Cristo puede encontrar su centro y su paz. Delicadísima gracia teologal que el Santo llama también contemplación oscura.

Todo su obrar anterior sereno y tranquilo de su ejercicio de oración y virtudes, al contraste con ese sentido de Dios que dijimos, le aparece ahora al alma lleno de imperfecciones. «Siéntese el alma tan impura y miserable que le parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria a Dios.» Se siente «sin Dios y castigada y arrojada e indigna de él». «Ni puede levantar afecto ni mente a Dios ni le puede rogar, pareciéndole lo que a Jeremías, que ha puesto Dios una nube delante para que no pase su oración [...] Y si algunas veces ruega, es tan sin fuerza y sin juego que le parece que no lo oye Dios ni hace caso de ello» (38).

No puede hallar tampoco «consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni maestro espiritual. Porque aunque por muchas vías le testifique las causas del consuelo que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer; porque como ella está tan embebida e inmersa en aquel sentimiento de males en que ve tan claramente sus miserias, parecele que, como ellos no ven lo que ella ve y siente», no entienden su estado; y que

(37) S2, 29, 12 y 5.

(38) N2, 6, 5; N2, 8, 1.

si lo entendieran verían que aquellas penas no son el remedio de su mal, sino su mal sin remedio (39).

«En la fuerza de esta opresión y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida, que le parece, y así es, que aun en lo que solía hallar algún arrimo se acabó con lo demás, y que no hay quien se compadezca de ella» (40). Siente como desamparo y desprecio de todas las criaturas, «particularmente de los amigos» (41).

Pero entre tanta tribulación y angustia y sequedad, he aquí los admirables efectos que esa gracia teologal obra en el alma: «la fortaleza [...] que pone en el alma [...] aunque a oscuras y penosamente; porque desde luego ve el alma en sí una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que le parece cosa de su servicio. Porque aquel amor oscuro se le pega con un muy vigilante cuidado y solicitud interior de qué hará o dejará por El para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle. Y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes [...] Porque aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma están recogidas de todas las demás cosas, empleando su conato y fuerza sólo en obsequio de su Dios» (42).

Al mismo tiempo que todo y todos me faltan, siento que sólo en Dios y en mi entrega completa a él puedo hallar mi quietud y descanso. Mis miserias son desagradables a los ojos de Dios, pero su bondad supera mis miserias. Siento que aparta su faz de mí y que no merezco que acoja mi oración, pero mis sentimientos no son la medida de su mansedumbre, por eso confiaré en él contra todo sentimiento de indignidad propia y de desconfianza. En medio de esta «horrenda noche» creo en su amor, espero en él, confío en él, El Firme, El Estable, El Seguro, El Fiel Amador, El que es más grande que mi corazón. Sólo pretendo permanecerle fiel en el obsequio amoroso de todo mi ser, de toda mi vida. «De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas a la [...] unión de amor con Dios» (43).

5. San Juan de la Cruz vivió los momentos culminantes de este despojo íntimo en circunstancias externas del más crudo desprendimiento.

Metido en una cárcel angosta, oscura, asfianzante como una tumba. Nueve meses incomunicado con toda persona que le pudiera decir una palabra de aliento (le daba pena no poder saber qué pensaban de él la Madre Teresa y los Descalzos), oyendo sólo reproches, desprecios, amenazas; hambriento; sufriendo primero los crudos fríos y después los agobiantes calores toledanos, en un ambiente hediondo, consumiéndose en la miseria (44).

(39) N2, 7, 3.

(40) N2, 5, 7.

(41) N2, 6, 3.

(42) N2, 16, 14.

(43) Ib.

(44) Cfr. *Vida de San Juan de la Cruz*, c. 9, p. 142-146 y p. 150.

*¿Cuál fue su oración, y la actitud de su espíritu?*

Miró a Cristo, nuestro Camino. El supremo servicio y obsequio amoroso al Padre, Cristo lo realiza en el momento y circunstancias del supremo desprendimiento:

«... Dios mío. Dios mío. ¿Por qué me has desamparado? Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así, en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo; conviene, a saber: acerca de la reputación de los hombres, porque, como le veían morir, antes hacían burla de él que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella se aniquilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó [...] Para que entienda el buen espiritual el misterio [...] del camino de Cristo para unirse con Dios, y sepa que cuanto más se aniquilare por Dios, según estas dos partes sensitiva y espiritual, tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar» (45).

Los religiosos jóvenes que presenciaban el castigo que se le imponía cada semana veían su firmeza y admiraban su mansedumbre. Después, durante toda su vida, no se le oyó palabra dura contra los que le habían maltratado, sino que procuraba dejarles en buen lugar. Sin duda, a la luz del misterio de Cristo había meditado profundamente lo que consignó más adelante en una de sus sentencias: «Tú, Señor, vuelves con alegría y amor a levantar al que te ofende, y yo no vuelvo a levantar y honrar al que me enoja a mí» (46).

En la cárcel de Toledo compuso algunas poesías que iluminan las disposiciones de su espíritu en su gran tribulación (47).

En la cárcel de Toledo cantó también el arcano de la fe: «Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche» (48).

Y aquellas delicadísimas composiciones en forma de romance que son una serena contemplación del misterio de amor que tiene su fuente sin principio en la vida íntima de la Trinidad beatísima, y que se desborda

(45) S2, 7, 11.

(46) Cfr. *Vida*, c. 9, p. 145. La sentencia citada está entre los "Dichos de luz y amor", uno de los pocos autógrafos que se conservan del Santo (se halla en An-  
dújar). En la edición que citamos lleva el núm. 46 y se halla en la pág. 1129.

(47) Cfr. el capítulo citado de la *Vida*, p. 149. Cfr. asimismo el romance *Super flumina Babylonis*, p. 1109.

(48) P. 1100-1101.

por la creación entera, se remansa en Cristo Jesús y se extiende vivificante por la Santa Iglesia, Esposa y Cuerpo Místico de Cristo (49).

Y la mayor parte de las estrofas del *Cántico Espiritual*, que se dirían escritas a la vista de paisajes encantadores y con el corazón exultante de nobilísimas emociones y alegrías.

Su oración, su tribulación, su vida entera de entrega al Dios trascendente que se nos da en Cristo, San Juan de la Cruz la ha hecho también canto y poesía, en la que las cosas más nobles, más bellas, más delicadas del mundo y del corazón humano se han transformado en sublimes balbuceos de lo que es Dios para el alma que acoge, con plenitud de entrega, la gracia teologal. En San Juan de la Cruz podemos, como rara vez se ha dado, contemplar el fúlgido esplendor de los valores del espíritu humano cuando está vitalizado por la luz y el amor de Dios.

La «horrenda noche» es la «dichosa ventura» del alma, que en medio de la gran tribulación interior y exterior acierta a «vestirse el disfraz» de las tres virtudes teologales y a perseverar en él hasta la plena entrega de amor (50).

Dichosa ventura, amoroso lance que San Juan de la Cruz, con exactitud teológica y profunda penetración psicológica, ha compendiado magistralmente en su composición poética: «*tras de un amoroso lance*» (51).

6. Permitió el Señor que al final de la vida del Santo una nueva tempestad arreciara sobre su cabeza, y esta vez, para que fuera más dolorosa, de parte de los Descalzos.

Algunos frailes injustamente resentidos con él o contrariados por la firmeza de sus actuaciones en lo que era deber de su conciencia, urdieron o permitieron respectivamente una vil campaña de calumnias y una acción de segregación (52). Esta alma grande fue para algunos un indeseado, un molesto que había que alejar. También en esta ocasión tuvo momentos de sequedad interior; sin duda, para que resplandeciera mejor la profunda serenidad; firmeza y mansedumbre de su espíritu radicado en Dios.

Cuatro meses antes de morir escribía desde la soledad de La Peñuela a Doña Ana de Peñalosa: «me hallo muy bien, gloria al Señor, y estoy bueno; que la anchura del desierto ayuda mucho al alma y al cuerpo, aunque el alma muy pobre anda. Debe querer el Señor que el alma también tenga su desierto espiritual. Sea muy enhorabuena, como El más fuere servido, que ya sabe su Majestad lo que somos de nuestro [...]. Esta mañana habemos ya venido de coger nuestros garbanzos, y así, las mañanas. Otro día los trillaremos. Es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que no ser manoseados de las vivas. Dios me lo lleve adelante» (53).

(49) P. 1101-1109.

(50) Cfr. N2, 21, 12.

(51) P. 1112-1113. En la edición que citamos falta un verso en la estrofa tercera, que subrayamos aquí: "... y abatime tanto tanto — que fui tan alto, tan alto — que le dí a la caza alcance".

(52) Cfr. *Vida*, c. 19, p. 347-350 y 358-361.

(53) Cta 25, p. 1158

Consúltese también la carta a la priora de Caravaca (54).

A la Priora de Segovia: «... de lo que a mí toca, hija, no le de pena, que ninguna a mí me da. De lo que la tengo muy grande es de que se eche culpa a quien no la tiene; porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios, que sabe lo que nos conviene y las ordena para nuestro bien. No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Y *donde no hay amor, ponga amor, y sacaré amor*» (55).

Y a una religiosa de Segovia, por el mismo tiempo: «Ame mucho a los que le contradicen y no la aman, porque en eso se engendra amor en el pecho donde no le hay; como hace Dios con nosotros, que nos ama para que le amemos...» (56).

Siempre su vida entera compenetrada por la contemplación del misterio del amor de Dios.

### *¿La oración de San Juan de la Cruz?*

Los aspectos admirables de su oración y de su vida los expresó en sus obras mayores escritas en los últimos años de su vida. Recogeremos algunos de ellos y nos servirán para indicar algunas formas de oración del alma perfecta, según San Juan de la Cruz.

Ha conocido los momentos de la plena madurez en los que el alma, habiendo alcanzado ya las debidas disposiciones, llega a esa profundidad e intimidad de actuación que recoge todo lo pasado y sella el porvenir; la plenitud de la gracia teologal, plenamente acogida por el alma. San Juan de la Cruz ha cantado y explicado esos momentos.

«En la interior bodega — de mi Amado bebí. — Y el ganado perdí que antes seguía. — Allí me dio su pecho. — Y allí le dí de hecho — a mí, sin dejar cosa.» — La gracia teologal de conocimiento y amor que recibe de Dios lleva al alma a entregarse ya enteramente a él; y en fuerza de esta perfecta inclinación al bien, todas las pasioncillas desordenadas que le quedaban pierden su fuerza hacia las cosas y se recojen también a lo que es el servicio del Señor. Así pierde el ganado que antes seguía, y puede cantar: «Mi alma se ha empleado — Y todo mi caudal en su servicio...» Mi entendimiento, memoria y voluntad empleo únicamente en el conocimiento amor y servicio de Dios. Y «el cuerpo ya le trata según Dios, los sentidos interiores y exteriores enderezando a El las operaciones de ellos, y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también a Dios, porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza de otra cosa [...] Y todo este caudal de tal manera está ya empleado y enderezado a Dios que, aun sin advertencia del alma, todas las partes que hemos dicho de este caudal en los primeros movimientos se inclinan a obrar en Dios y por Dios [...]

(54) Cta 28, p. 1160.

(55) Cta 24, p. 1158.

(56) Cta 29, p. 1160.

Esto quiso dar a entender David cuando dijo: mi fortaleza guardaré para ti» (57).

¿La oración de San Juan de la Cruz?

El profundo sentido del misterio de Dios, del conocimiento propio, de la gracia y riquezas que tenemos en Cristo, de la paz y gozo en El; maravillosamente expresado todo en la «Oración del alma enamorada» que dejó escrita entre sus avisos (58).

¿La oración de San Juan de la Cruz?

En aquella altísima comunicación de conocimiento y amor, de perfectísima gracia teologal, «comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y virtudes»; y «siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo San Francisco...: ¡Dios mío y todas las cosas!». Y «por ser Dios todas las cosas al alma y el bien de todas ellas», «la semejanza de la bondad de las cosas» le servirá para expresar de alguna manera la sobreabundancia de bienes que es para ella la inefable comunicación de conocimiento y amor del Dios trascendente: «Mi Amado, las montañas — Los valles solitarios nemorosos (59).

¿La oración de San Juan de la Cruz?

«Haremos las guirnaldas — En tu amor florecidas — Y en un cabello entretejidas.» «Ven Austro que recuerdas los amores — Aspira por mi huerto...» El Señor, a veces, hace que el alma perciba la belleza y suavidad de las virtudes perfectas que posee, que le dan profunda paz, mansedumbre y fortaleza estableciéndola en la firmeza y serenidad del amor perfecto. «En tanto que de rosas — Hacemos una piña...»: «Y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas, y así juntas las ofrece ella al amado con gran ternura de amor y suavidad» (60).

Es la inefable fruición de la humanidad. El alma, a la vista de los grandes tesoros de virtudes acumulados en ella, no se apropia nada, todo lo reconoce fruto de la gracia del Señor. Y esta vista de la propia excelencia se transforma en límpido amor, gratitud, alabanza a Dios. El alma ha llegado a la cumbre del monte donde sólo mora la honra y gloria de Dios; y allí, en la cumbre, el alma ha hecho de sí misma altar donde ofrece a Dios «sacrificio de amor puro y alabanza y reverencia pura» (61).

Esta oración es el espíritu del cántico de la Virgen Santísima, del Magnificat. Y San Juan de la Cruz lo sabe y lo vive. El nos dice que todo el esplendor de vida espiritual y de virtudes del alma perfecta viene a ser como un retorno a la armonía interior que reinaba en el espíritu del

(57) CB, canciones 26 y 27; canción 28, n. 4 y 8. Véase todo el comentario de esta estrofa 28.

(58) Entre sus «Dichos de luz y amor». En la edición que usamos, p. 1127-8.

(59) CB, canciones 14-15, n. 2 y 5. Véase todo el comentario de estas dos estrofas.

(60) CB, 16, 8; cfr. canciones 30 y 17.

(61) S1, 5, 7.

hombre en el estado de justicia original (62). Unas líneas muy significativas del Santo nos revelan su frecuente y profunda contemplación del suave esplendor de la inmensa santidad de la Virgen, irradiate de la gracia singular de su concepción inmaculada y de la plena correspondencia a esa gracia: «La gloriosísima Virgen Nuestra Señora, estando desde el principio levantada a este tan alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo» (63).

¿La oración de San Juan de la Cruz?

Los «extraños primores» de los actos del alma en la íntima comunicación con Dios. Amor, alabanza, agradecimiento excelentísimos, pero cuyo más fino primor es amar, alabar y agradecer a Dios «por ser él quien es» (64).

La oración de San Juan de la Cruz.

Tú, Señor, sabes que mi gloria es que se cumpla tu voluntad en mí. Por eso, lo que tú quieres que pida, pido; y lo que no quieres no pido, ni me pasa por pensamiento querer.

Pero tú sabes también que en la misma medida en que me comunicas tu pura luz y amor, haces sentir en mi corazón lo que le falta para la acabada posesión de la adopción de los hijos de Dios en la vida eterna.

Por eso, sin turbación, sin inquietud, sin impaciencia alguna—con plena conformidad con tu voluntad—, desde las más profundas raíces de mi ser y con toda la fuerza y poder que pone en mí tu gracia, yo te presento el gemido sereno, suave, regalado de mi corazón, que aún vive en esperanza: «Oh llama de amor viva — Que tiernamente hieres — De mi alma en el más profundo centro. — Acaba ya, si quieres, — Rompe la tela de este dulce encuentro... rompe la tela delgada de esta vida, y no la dejes llegar a que la edad y los años naturalmente la corten, para que te pueda amar sin dilación con la plenitud y hartura que desea mi alma, sin término ni fin» (65).

«Oh, dulcísimo amor de Dios mal conocido,  
el que halló sus venas, descansó!»

La doctrina y la vida de San Juan de la Cruz vibran en esta exclamación que dejó entre sus «Dichos de luz y amor», y que es como su mensaje, su invitación a entrar por los caminos de la oración en el misterio del amor de Dios que se nos da en Cristo.

JUAN DE JESÚS MARÍA, OCD

(62) Cfr. CA, 37, 1 y 5.

(63) S3, 2, 10.

(64) Cfr. LB, 3, 82-85.

(65) LB, 1, 36; cfr. ib. n. 27-36.